

TIEMPO PERDIDO

TIEMPO PERDIDO

MICHELLE JUÁREZ



Edición al cuidado de Julio Serrano

y de la autora

w w w . l i b r o s m i n i m o s . o r g



ÍNDICE

Doce años	6
Cuarenta y ocho horas	13
Seis, seis, seis siglos	17
Venticuatro meses	23
Tres minutos	28
Treinta y seis semanas	33
Tiempo perdido	38
Más de dos décadas	44
Ocho días	48
Setenta veces por minuto	54
Una noche antes	61
Tan solo algunos meses de distancia	70

*La relación del tiempo con el goce se
presenta, en principio en una demanda
de satisfacción inmediata, la de la pulsión.*

Miquel Bassols

*Un padre no tiene derecho al respeto,
sino al amor.*

Jacques Lacan

*Es absolutamente imposible encarar
problema humano alguno con
una mente carente de prejuicios.*

Simone De Beauvoir

DOCE AÑOS

Sugestivo, armonioso y sencillo, así era el universo que avasallé con mi intromisión. ¿Es acaso un mal augurio mi presencia? Tengo todos los años del mundo para completar el crucigrama que inicio una y otra vez llevándome por delante cuanto encuentro en mi camino. Juro que no es a propósito, soy buena, dulce y sensible. No hay malicia en mí, no pretendo complicar nada ni a nadie. Es como si una maldición se ensañara contra quienes me rodean. Yo, mío, para mí. No suelo ser egocéntrica, pero lo parezco. A quién rayos le importa lo que quiero. Las historias en mi vida parecen seguir un patrón. Las historias de la vida de todo el mundo siguen un patrón, el de la mía es sencillo: voy, lo mato y regreso. La dama vestida de amarillo y armada con un sable samurai no me gana, ¿qué perfecta mujer habrá sido la inspiración?

Esa noche aparecí por entre la multitud que se atornillaba a la entrada del teatro. No me gusta el teatro, o por lo menos el que he visto, las exageraciones me incomodan, desde el maquillaje hasta la leche chocolatada me provocan flatulencia.

Pero allí estaba, como predestinada a destrozarse otra vida, según yo, lejana y desconocida.

Sus doce años de distancia, evidentes a simple vista —aunque algunos piensen que es imposible saberlo de esa forma—, me atrajeron instantáneamente. No puedo evitarlo, soy gerontofílica. Me enloquecen las canas y las miradas tristes. Así que fingí, lo reconozco, asumí una postura frágil y como buen padreniño cedió. No fue difícil, la actitud de los varones maduros es demasiado predecible. Los juegos de la mente son divertidos, tú piensas que ellos piensan lo que tú piensas y viceversa. La clave es dejarse llevar, cerrar los ojos y sentir el pulso que bombea la sangre del corazón hacia los vértices más recónditos del cuerpo. *No te afanes* reza un libro de cuentos que me leyeran hace mucho tiempo.

Su ritmo cardíaco era especialmente insinuante, a ratos lento, a ratos agitado, como si pudiera controlarlo e intentara comunicación Morse. Viéndolo parado frente al acomodador del teatro pude sentirme acurrucada sobre su pecho que olía a pergaminos y tabaco fuerte. Nuestras miradas se cruzaron en la entrada, al principio pensé que nada había sucedido, en fin, no siempre se puede, me dije y mullida en la incómoda butaca preparé el ánimo para tolerar la mal nacida puesta en escena.

¿Por qué voy al teatro si no me gustan las exageraciones? Probablemente porque mi maestro

michelle Juárez

me alienta con su optimismo. Hay menos de una década de diferencia entre nuestras fechas de nacimiento, está a salvo. Nunca se sabe cuándo se tendrá la suerte de coincidir con una buena representación, y especialmente si eres actriz, debes hacer el sacrificio.

Y ¿por qué ser actriz, si no se tiene pasión por la actuación? Porque actuar con convicción el papel de actriz es el clímax de la representación escénica. Fingir es un arte que solamente los iniciados dominamos. Actuar y fingir no es lo mismo pero son relativos y con un poco de suerte puedes llegar a ser una maestra en el arte de fingir si te aplicas en la actuación. Además, la herramienta es indispensable para luchar contra la misantropía.

Dormité la escenificación hasta que presenté un parpadeo insistente. Mis sentidos se alertaron, ¿acaso las palpitations de mi asechado eran tan intensas que sin saber dónde estaba era capaz de percibirlos? Era como el susurro de un cálido vientecillo haciendo cosquillas en la base de mi columna vertebral. Continué impávida. Aunque estaba completamente excitada no le daría el gusto de adivinarlo. Estimularía el juego hasta que reventara de expectación. Soy capaz de esperar años enteros, siempre habrán sujetos doce años mayores. No me exalto, más bien me relajo y disfruto. Si tuviera una cámara fotográfica tomaría

instantáneas para ilustrar lo que digo, las escenas secuenciales son mejores que las grabaciones en tiempo real; reconstruir y permitir que la mente llene los vacíos entre cada imagen es casi orgásmico. Sí, tomaría instantáneas porque es tan fascinante el cortejo que la documentación serviría de mucho para futuras retroalimentaciones; pero no, lo único instantáneo que tengo a mano es mi pobre memoria, así que confío en que todo se concretará cuando debe ser, nunca antes o después, siempre en el momento justo. Aunque no sea el mejor ni el más indicado, el futuro toma su lugar y no hay nada que pueda evitarlo.

La decepción mal disimulada en parcos aplausos indicó el final de la siesta plagada de toques eléctricos provenientes algún lugar en la penumbra. Espero a que la sala se vacíe porque el tumulto es bueno para las entradas pero no para las salidas. Debes ser claramente identificable y perseguible, pero si al cruzar la puerta te encuentras totalmente sola, el destino te indica el camino a casa. Esta vez me guió al número doce bajo un techo esmeralda. ¿Coincidencia? La esmeralda es mi piedra de nacimiento, mi abuela me aleccionó en el arte de enriquecer la vida con las piedras preciosas indicadas para cada quien. *Para mi muñequita linda que nació con las lluvias de mayo y la luna ambigua, la piedra ideal es la esmeralda.*

michelle Juárez

No hay nahuales, ni ángeles guardianes, ni karmas, solo hay destinos y amuletos. Así que este lugar con musgo fresco podría significar algo para mí, malo o bueno, no lo sé, pero seguro lo averiguaría.

Lo que en ese momento ignoraba era que el augurio también era para él. Y aún más acentuado porque la responsabilidad era suya, él era mayor, estaba en sus cabales y me conducía a sus dominios. No sospeché que con sus pasos silenciosos estaba firmando una carta lapidaria. Es extraño, nunca lo adivinan, su arrogancia les nubla completamente el entendimiento. Tener inesperadamente un pimpollo a la mano seguro es intenso. No lo catalogo como candidez, sería demasiado pedir que adivinen todo lo que no soy y pretendo ser; sin embargo la esmeralda en mi mano es una revelación que les concedo, sus madres deberían hablarles de ello, debería ser parte del manual con el que se les instruye para la vida. Una mujer que usa esmeraldas es realmente una mujer.

Y ojo que cualquiera pensaría: ni modo, los maduros son más vulnerables, pero no, los jóvenes lo son, sus cuerpos están desconectados de sus mentes, a tal punto que pareciera que no hay neuronas útiles cuando las hormonas se les alborotan, llegan a ser encantadores. Cazar hombres o mujeres jóvenes no tiene ningún

chiste, no representa reto alguno. Los mayores por lo menos se fingen sofisticados y dan un par de rodeos galantes, estudiados y amenos. Aunque mi hermoso juguete del número doce fue la excepción, al parecer estaba demasiado solo, según él. Empezó a hacer conexiones hasta que tuve que aceptar que no era la primera vez que nos encontrábamos, así que salvadas las distancias, todo fue más sencillo.

Curioso, esta aparente disposición que solía hastiarme, en él no me desalentó, al contrario, me sentí cómoda, casi confiada, no hubo una rutina o una promesa que romper y la telaraña que enredaba cada resquicio de su memoria me iba envolviendo la conciencia con un complejo nudo ciego difícil de desatar. ¿Será que esta vez realmente llegué a casa? No había allí nada extraño o poco familiar, todo el caos era a la medida, sin excesos ni ausencias. Nuestros cuerpos sudorosos se reconocían una y otra vez, le permití tomar el control, es maravilloso dejarse dominar. Descubrió dónde lamer, acariciar y morder, cada espasmo una delicia nueva, realmente la niña se adentró en el laberinto. Era como dejar que mi padre me acunara suavemente y me aleccionara para soportar toda la sordidez que aún no vivía y estaba por venir. *Shh, shhh, shhh, eres mía, mía, papá está aquí. Duérmete niña, duérmete ya.*

Michelle Juárez

En el tardío momento que al buscar sus ojos descubrí una sonrisa medio siniestra, medio juguetona, demasiado parecida a la que veo en un espejo, me arrimé a la trágica e inexorable verdad: esta vez fui yo la que caí en la trampa. Quién diría que contrario a lo que siempre pensé, además de ninfas, también hay faunos ocultos esperando embaucar a ingenuas esmeraldas doce años menores.

CUARENTA Y OCHO HORAS

La tibieza de un cuerpo nuevo no se compara con nada. Las sensaciones de los cuerpos conocidos se enfrían tempranamente, toman un olor añejo que repelo como lo único que me advierte su condición. Tengo un olfato muy sensible, casi extrasensorial y es de gran ayuda. Así que al comprobar que poco a poco tomamos el lugar de ese cuerpo frío e indeseado, me asalta la duda sobre lo que hice la noche anterior. Tengo una memoria que me permite recordar solamente lo que ocurrió hace dos días, no soy capaz de acordarme si cagué o no ayer o qué fue lo que dije en el discurso que di y por el cual todos ahora me odian. Ignorantes, ¿no entienden que alguien como yo, aunque no quiera aceptarlo, necesita ayuda para sobrevivir? Mi odio contenido no es gratuito, me lo gané en la feria del pueblo y desde entonces no me abandona; claro, tengo esa convicción porque no recuerdo haberlo olvidado en ningún momento.

La vida es así, hay gente que tiene demasiado en la memoria y sufre, así que finge amnesia, yo la padezco en realidad y casi nadie me cree. Pero he

michelle Juárez

aprendido a sortear mi condición y aprovecharme de ella. Si me mantengo lejos de la inconciencia estoy a salvo, pero si consumo alguna de mis golosinas favoritas estoy en problemas, porque en ese estado no me preocupo de grabar cuanto me sucede y entonces no tengo material de referencia para cotejar los recuerdos que aletargados surgen dos días después.

Descubrí mi particularidad un día que llamé a alguien para disculparme por haber perdido un libro que me prestó y la respuesta fue: dejá de joder, el libro me lo entregaste ayer. Desfaces como estos plagaban mi vida, me llenaban de angustia y me convertían en un ser miserable, hasta que le encontré nombre a mi padecer: amnesia retroactiva. ¡Wow!, era un nombre muy elegante, yo padecía algo con un nombre elegante, era especial, era poco común, así que esto terminó por elevar mi autoestima y mejorar mi existencia. Ahora tengo muchas manías mnemotécnicas, soy la persona tomanotas, aprendí taquigrafía, tengo mis propios códigos, mapas conceptuales e ideogramas. La necesidad de dejar registro de todo me llevó a comprar una grabadora y decir pequeñas frases claves que me orientarán dentro de dos días. Busqué seguridad, tengo un empleo previsible y poco arriesgado, mis íntimos han comprobado que no miento y me ayudan o fastidian cuando pueden, con plena conciencia

que tomaré la revancha en 48 horas. Es divertido, cuando olvidan algo recurren a mí porque saben que si yo estaba presente en el momento indicado, todo está meticulosamente archivado.

¿Qué pasa si pierdo mi grabadora? ¿Si al despertar no leo el mensaje que me envió al celular para advertirme que lo que tengo en la mente no es noticia fresca? Clave roja, plan B, subterfugio; no recurro a nadie, odio inspirar lástima, así que paso dos días aduciendo enfermedad y me abstraigo de todo, respondo de forma ambigua todas las preguntas capciosas y leo los periódicos sin pérdida de tiempo. He aprendido a entablar conversaciones donde solamente apoyo lo que otros dicen y tengo mucho éxito social. Para todo el mundo mi memoria es providencial porque tengo accesibles datos que muchos ya han relegado. Gracias a dios mi físico no está mal y mi sonrisa es garantía de perdón por algún comentario fuera de lugar.

Archivo compulsivamente todo lo que me sirva como ancla y que evite mi huída hacia el vacío. Me encanta compararme a un globo rojo de helio que algún niño soltó sin querer y que terminará atorado en algún alambrado eléctrico. Quizá eso sirva para devolverme lo que perdí. La electricidad como el agua son multiusos, ya probé con el agua y no sirvió de nada, igual mis recuerdos se bebieron toda el agua que les eché intentando

michelle Juárez

avivarlos y limpiarlos. Con la electricidad no he probado, podría funcionar, algunos seguro lo ven peligroso, pero no le tengo miedo a nada, más que a las asquerosas cucarachas que por cierto son inmunes a los choques eléctricos las muy cabronas. Así que algún día me aplicaré electricidad para ver si de esa forma mi memoria reacciona o cuando menos me devuelve antes de lo esperado esa cálida sensación de yacer junto al fresco y nuevo cuerpo que amé hace dos días.

SEIS, SEIS, SEIS SIGLOS

*Tus ojos son muy poderosos.
Intentan tullirme.
Pones toda tu fuerza
en tus ojos
porque no sabes lo que hay que hacer
para ser un héroe.*

Leonard Cohen.

(La energía de los esclavos)

Perderse en su mirada es asomarse al inframundo, sus pupilas siempre dilatadas y rodeadas de un pálido color amarillento te tragan sin compasión, hudiéndote en un desasosiego y una ansiedad que aterrorizan. Su par de ojos siempre te observan, te cuestionan y te inyectan su letargo. No hay serenidad en esa mirada, no hay, no, no hay. Es un basilisco que roba tu energía y te enferma. Con su actuar errático e incómodo deambula intentando no naufragar en los profundos abismos que parchan su mente.

Aún así es parte de mi vida, demasiado enquistado, demasiado suplicante, como una prueba viviente de mi lástima por esta mal parida raza humana, pestilente e inmundada, llena de recovecos lodosos.

Michelle Juárez

Su presencia me recuerda todo lo que rechazo, lo sabe y no le importa. Al contrario, parece disfrutar cada una de las veces que cansada del forcejeo me rindo a sus ruegos. Le agrada el juego de la persecución y el asecho, al final él siempre es la víctima, y todos debemos consolarlo.

Codependencia y masoquismo le llaman, no me importa, no hay psiquiatra, madre, dios o demonio que lo aleje, lo he probado todo, desde contradecirlo hasta ser complaciente, pasando por las únicas escenas histéricas, mitad ruego, mitad amenaza que he protagonizado en mi vida. Lo que intento solamente exacerba su obsesión. Estoy perdida, acepto estoicamente este destino fatal pero no sin defender mi territorio. Es imposible evitar su presencia, pero me escapo tanto como mi ingenio permite. No me quejo, a veces suelta un poco la rienda, me he casado, he tenido hijos, parezco una persona normal aunque realmente sea una esclava.

Él desea cada centímetro de lo que lleva mi nombre o me pertenece y lo cuida celosamente, como dominico en época colonial. Soy la presa difícil, el tesoro de la Corona, el tributo, el diezmo, la ofrenda, el trofeo. El que persevera alcanza, dicen siempre, esa es su filosofía de vida, su estandarte.

A veces es ingenioso y divertido. Por momentos se disipa la nube oscura que lleva sobre la cabeza. Su apoyo ha marcado todo lo que soy

y mucho de lo que he logrado, ¿cómo alejarse por completo de la fidelidad interesada y por eso mismo doblemente efectiva que alguien te brinda?, ¿cómo cortar el último hilo con el que desesperadamente intenta aferrarse a la cordura? No puedo ser tan cruel.

Si al caminar por el centro de la ciudad alguien me hubiera advertido no darle la hora a eso hombre alto y de hablar ininteligible que me encontré dos cuadras más adelante, seguro no le hago caso, porque las niñas malcriadas siempre hablan con extraños y se arriesgan a ser perseguidas por el resto de su vida. Y sucedió. A partir de allí, los caminos que hemos recorrido juntos han sido largos y tortuosos; no importa si quiero reír o llorar, él siempre está dispuesto a acompañarme. Aunque mi propósito sea llegar hasta el mismísimo infierno, allí estará para abrirme la puerta, como muchas veces ha hecho. Es un ángel caído, un alma penitente.

Desde el primer momento fue avorazado, nunca le di mi teléfono, ni mis señas particulares, él continuó buscándome por lo alrededores del primer encuentro hasta que dio conmigo. No fue difícil, la ruta en la que coincidimos era mi monotonía, como colegiala con sus libros bajo el brazo, caminaba por la misma calle de lunes a viernes. *¿Puedo llevarte?, ¿soy el del otro día, me recuerdas?, muy amable me ayudaste.*

michelle Juárez

Yo, sistemática y enfocada seguro necesitaba una contraparte que me recordara todo lo que me es ajeno, némesis de lo nefasto, compensación por algo no dicho, no hecho, no merecido.

No gracias, mis amigas me esperan más abajo tampoco era tan ingenua, mis diez y tantos años no daban para mucha lucidez, pero caperucita me susurró al oído: ¡cuidado el lobo, el lobo! Puedo llevarlas a todas, ¿sabes?, yo también trabajo muy cerca de acá, te he visto salir de aquel lugar, ¿allí trabajas? indecisión, no se ve amenazante, es bastante feo, sus ojos son penetrantes, pero su actitud refleja pasividad, además son las cuatro de la tarde, puedo salir corriendo en cualquier momento. Sí allí trabajo y mis amigas también por si las dudas le recuerdo que no estoy sola. ¡Qué bien! Si tú quieres puedo invitarte a almorzar mañana y me presentas a tus amigas touché, si hubiera insistido en subirme a su carro allí se termina todo, pero no, se mostró gregario, me hizo sentir cómoda y dio en el blanco, caperucita también confió, tonta, debiste advertirme. Claro somos tres, si no le importa jugué con su capacidad de pago, algunos se desalientan con esta táctica, me parecía divertido, seguro ahora se arrepiente No, no me importa, en mi trabajo también nos juntamos varios a almorzar. No quiero incomodarte, veo que tienes prisa, entiendo que no quieras que te lleve, las chavas deben tener cuidado así que si quieres nos vemos mañana.

Bien nosotras salimos a comer a la una.

Hasta ese momento éramos dos sin nombre apalabrados para salir a comer un miércoles a medio día. Era inofensivo, rutinario, otro que intentaba acercarse. Incluso el más horrendo vendaval inicia con una suave brizna. *Quiero advertirle que no estoy interesada en tener novio, usted me cae bien pero no piense que me voy a enamorar.* Ese fue el conjuro, la advertencia clara y explícita; ahora estoy convencida que dicho enunciado firmó mi condena, de nuevo las palabras tomaron el rumbo equivocado.

Ignoro si él sacrificaría su vida por la mía, yo sin ninguna duda daría mi vida por salvar la suya, nos debemos suficiente, nos encadenamos sin remedio, luchamos juntos demasiadas batallas duras y sin tregua, sobrevivimos a la desesperanza y aunque tenemos sin fin de razones para odiarnos, continuamos queriéndonos.

Demasiadas veces he ofrendado a los dioses clamando por su felicidad lejos de mi, pero si se aleja algún tiempo, finalmente vuelve sobre sus pasos, maltrecho y sediento. Él no quiere ser feliz, lo único que desea es estar donde yo esté y respirar mi aire, esa es toda la motivación de su existencia.

En mi vida hay muchas certezas, me cuesta manejar la incertidumbre. Él no desistirá, esa es mi certeza más grande. Así que ante las evidencias de la historia sin fin, aplaudamos al torturador,

michelle Juárez

porque con la doble intención siniestra de la
inconsciencia criminal logró la empatía de su
víctima.

VEINTICUATRO MESES

*Su cara tenía la belleza y la dulzura que siempre
da el tener un poco de sangre negra en las venas.*

François Augiéras.

(El libro de los muertos)

Para nosotros, ella y yo, hacer el amor es elemental, casi como nuestra esencia aristocrática, egoísta y lujuriosa. Nadie puede luchar contra lo que es, tal vez puede disimularlo según convenciones, pero en la intimidad revelamos lo que somos, nada más. Y es maravilloso, someternos con garra, bombacha y retozos. *Prrrrrr*, sobijearnos con ternura infinita, enrollarnos uno al otro, bebiéndonos mutuamente, relamiéndonos los bigotes de puro gusto es delirante. *Lo importante somos vos y yo, y el amor que construimos.* La imposibilidad muchas veces nos rebasa, pero la frontera la marca nuestro propio atrevimiento y el deseo de transgredir. Nos asumimos juguetones y crueles, agazapados siempre, esperando caerle a la presa. *Puro corazón.* No lo podemos evitar, aunque nos domestiquen, todo lo permitimos por comodidad, por autocomplacencia.

Así sucedió desde el principio. Esa vez llevaba a uno de mis congéneres estampado sobre la camisa roja, clásico, felix, *vintage*, disfrazado de revolución cubana. Ella me vio haciendo mi *brakedance*, confesando mi ignorancia, apoyando a un amigo frente al público. Los nuevos maullidos no deberían presentarse, sólo disfrutarse y ya. Es obscena la gran variedad de sonidos impresos que los de mi especie podemos emitir. Miles de ellos, con diversos y truculentos significados, nunca nadie ha podido proclamarse el dueño absoluto de tal riqueza. Quizá algunos envanecidos se creen superiores en el arte de la expresión, pero no son capaces de decir abiertamente lo que sienten: te amo, te odio, te muero, te vivo, vete, acércate. Sólo quienes hablan con honestidad brutal de la naturaleza sangre se asoman a esta mágica virtud de traducir los símbolos del subconsciente. La síntesis colectiva: el miedo al ridículo, miedo a la insensatez y también a la exagerada cordura; miedo a descubrirse completamente desarmado frente a otros. Así que el aislamiento termina siendo el lenguaje general, todos gesticulando oral o gráficamente sin un interlocutor, espectadores de nuestra propia miseria. *La moneda cayó por el lado de la soledad y el dolor.*

Y allí estaba la siamesita clara, con una expresión compasiva en el rostro, siempre la vergüenza ajena a flor de piel. ¿Se avergonzará de

mí, gato arrabalero, demasiado negro para ser blanco? Seguro que no, ni siquiera me conoce, para ella no significo nada más que la copa de vino que todos tenemos en la mano y con la que brindamos por las ideas que se presentan y que aún no están disponibles porque los ejemplares no salieron a tiempo. Editores ineptos, corroídos por su propia exactitud. Nada está bien, nada es suficiente, te exprimen el cerebro sin recompensa. Ante la impavidez de la escena yo simplemente cerré mis ojos para guardar la imagen de su huída a media presentación, sin pena ni gloria, siempre de prisa, ansiosa, intentando inútilmente pasar desapercibida.

Luego de ese descubrimiento unipersonal, lo digo porque solamente yo enfrenté la atracción, coincidimos en otros varios momentos similares. Las circunstancias favorecían nuestro destino común. Aunque diametralmente opuestos, había algunas pasiones comunes que acabaron por envolvernos. Las letras, las palabras y los días fueron cómplices de mi deseo y su disposición.

El perfecto amor dura treinta y seis meses, dice la poeta y es mentira, con veinticuatro alcanza para pretender conocerse, construirse y finalmente dejarse derretir por la realidad; el resto marginal entre doce y treinta y seis ya es exceso. *Todo lo que termina, termina mal, poco a poco y si no termina se contamina mal y eso se cubre de polvo.*

michelle Juárez

Pero justo en ese momento, al inicio del año, nuestra historia empezaba y pasábamos victoriosos por los mensajes de texto, los besos interminables, el soundtrack oficial (*canta neglito, canta*), los albures y la habitación de las ventanas, iluminada para ella y bautizada por ambos.

Toda la poesía que el corazón, el cerebro, mis testículos, sus ovarios, mis suaves pero torpes manos y su largo cabello negro fueron capaces de tolerar estaba allí. Siempre haciendo buen tercio, siempre a la vuelta de una esquina que entre mi extrasensitivo ánimo y su ácido humor la veía llegar para empiernarme la vida. *Si pudieras verte con mis ojos, te enamorarías.*

Claro, el tiempo pasa e inevitablemente los ojos deben abrirse. Aunque, para mi sorpresa, esta vez nada llegó a su fin, simplemente sufrió una metamorfosis, dolorosa pero necesaria. Todo continuó en un eterno inicio y descubrimiento, cada limitación se abrió con mil posibilidades, la pasión se complementó con la tolerancia y mejoré notablemente la capacidad de reducir el lapso de conexión entre mis emociones y razonamientos. Ella extravió su impaciencia y aprendió a sollozar sobre mi hombro todito a su disposición. Yo recuperé mi deseo de proteger a alguien y aprendí a somatar menos mis impulsos contra la pared.

Los pequeños mishes involucrados en la historia además de sumarme como cómplice, agregaron veinticuatro meses a sus páginas en

blanco, hoy llenas de barcos piratas, superhéroes y flores secas pintadas con crayones de cera.

Nos reprodujimos, parimos juntos un fellini arisco, un *chat noir* pegado a mi pared y un felixxx cabezón y pensativo encerrado en un marco frente a su cama. *Solo quiero darte cosas simples y un maravilloso amanecer.*

Ahora, como siempre y hasta cuando me sea tolerable, nos burlaremos de la vida. Ubicaremos varios espejos frente al veinticuatro para que lo multipliquen al infinito. Nos recostaremos uno sobre otro, esperando mi huida y regreso, mis éxitos y sus fracasos, además de la venida de los minicolochitos que me ayudarán a soportar el dolor de no verlos salir de su vientre. Habrá siempre mucho que decirnos y hacernos, aprenderemos y nos acomodaremos a lo que vendrá. *Quiero vivir dos veces para poder olvidarte, quiero llevarte conmigo y no voy a ninguna parte, siempre ella y yo, omnipresentes, atentos a los rituales del otro, diáfanos, tan inhumanos, tan felinos.*

TRES MINUTOS

Mi facilidad para seducir provenía de una mina inagotable de frustraciones por reivindicar y por lo tanto, era poco menos que arrolladora. Guadalupe Nettel. *Pétalos*

No mi amor, lo siento, no puedo verte hoy, ella aún está muy débil, luego te lo explico. Maldita perra, ojalá se muriera de una vez por todas, ojalá tuviera el valor de acabar con su miseria y liberarnos de su presencia lastimera y demandante.

¿En qué momento me involucré? Aún lo ignoro. Cuando reaccioné él ya me tenía en su alfombra bebiendo vino de esa boca tímida pero provocadora. No nos importó nada ni nadie, claro, la discreción asumió el papel de la sinceridad. Al principio no lo sabía, ella apareció en el escenario, con sus ojos menos profundos que los míos cuando ya era demasiado tarde. Me la reveló en el momento ideal, ya emancipada con su erotismo devastador, en el instante que aceptaba lo que fuera. Yo lo intuía, las hembras somos así, perceptivas y llenas de premoniciones que no nos dejan vivir; sin pedirlo transitamos en más de dos

dimensiones paralelas, quisiéramos dar la vida por estar equivocadas cuando anticipadamente sabemos que no lo estamos y que lo venidero nos partirá el corazón. Así que me negué a preguntar, lo que tenga que saber él me lo dirá, me convencí y dejé que todo siguiera su curso.

Perdón querida, yo también me vuelvo loco pero ya no falta mucho y ella me necesita, también eres mujer, sé que lo comprendes, siempre lo supiste, no te lo oculté. ¿Y acaso este infeliz piensa que yo no lo necesito? ¿Supone que esta adicción que cultivó en mí no está urgida de ser satisfecha? Cuántas preguntas, todo a medias, no se revela del todo, siempre queda un vacío que llena la desolación. Bien merecido este abismo marginal que ahora me consume y al que me dejé conducir sin ninguna resistencia. No existo, no formo parte del censo oficial, soy un accesorio de lujo, sofisticado y fascinante, mezcla de antigüedad valiosa y arte naïf, necesaria aunque prescindible.

Primer minuto: *Hola linda, mira, traje nuestro favorito para que lo compartamos. Lo siento mucho, no te escondas, amo tu mirada ofendida, significa que me extrañas. No te extraño desgraciado, me extraño yo, mi autonomía, mi valor, mi voluntad, no la encuentro y la necesito para arroparme, tengo frío, me estoy convirtiendo en un reptil y la metamorfosis duele y sangra, se siente hasta el*

Michelle Juárez

límite. No quiero nada, solo necesito de vuelta el control remoto que activa mi capacidad de alejarme de aquí y encontrar un lugar seguro.

Segundo minuto: *Qué deliciosa eres, tu piel tan suave y fragante, deliro por cada uno de los pliegues que dan forma a tu cuerpo. Eres mi perdición, no puedo dejar de pensarte, desearte. Acércate y deja que te abrace.* Y yo odio cada una de sus palabras, convincentes y llenas de sabor a leche fresca con miel. No avanzaré más, si me desea tanto que me busque, estaré justo donde no pedí estar, ocupando este espacio clandestino que no es mío porque alguien más lo tomará tarde o temprano. Aquí agazapada y uraña, demasiado temblorosa, suplicante. Lista para atacar, espero que se arriesgue y asuma las consecuencias. Lo haré clamar por más, haré que viva mi dolor, nadie se asoma a la desdicha sin tomar un poco.

Tercer minuto: *Esto es para ti, muéstrate tal como eres, ingenua e inocente. Pronto todo terminará y estaremos juntos sin condiciones. Ella finalmente nos liberará.* Hijo de mala madre, no me des más, me hace daño, esta dependencia me debilita. Abro la boca y me transformo, su veneno ahora me rebalsa, adentrándose hasta lo más profundo, soy toda sentidos, su ritmo dicta mis movimientos acompasados y firmes, tanto como quiera y soporte, yo ordeno, él obedece: sí, así, así, así. No es sólo el instinto de aparearse lo que nos domina,

hay manos fuertemente entrelazadas, besos profundos y emotivos, sonrisas cómplices, caricias tibias hechas con sutil delicadeza. Cómo no buscar más si cada parpadeo promete una distinta sensación. En esos momentos no soy la otra, soy la una, la engañada y moribunda, la que confiadamente duerme con una sonrisa en los labios sabiéndose mil veces bendita, con cada sueño y deseo en su justo lugar, donde deben estar, sobre su mesita de noche, al lado de la foto de los hijos, del rosario y la morfina, rodeada de la seguridad que le pagué con mi incertidumbre.

A pesar de todo soy humana, tal vez demasiado y muero cada vez que él se aleja, aunque realmente no creo tolerarlo aquí por siempre. Le huyo a la rutina absurda. Huyo de todo y de todos menos de mi naturaleza. *Muñequita de porcelana, quíereme, te lo ruego, no me lastimes con tu indiferencia que me vuelve loco. Adoro tus piernas interminables rodeándome fuertemente, dime qué más quieres si sólo tú me haces reventar en mil pedazos.*

Ahogada por toda esta miseria, intento hablarle al dios que me diluyeron en la cucharada de hígado de bacalao que tomé todos los días antes de ir al colegio: Si existes, dime que soy algo más que una oscura criatura del deseo. ¿Cuántas como yo hiciste? ¿Qué clase de creador eres que le diste vida y presencia a la debilidad que vaga buscando un huésped dispuesto y febril?

michelle Juárez

Finalmente soy tu obra y gracia, mírame, deja de ignorarme.

Ok, no insistiré, veo que no eres capaz de responder. Déjame sola padre infame, no me muestres más tu misericordia. Seguiré aquí, sedienta y cansada, complacida pero ansiosa de finalmente encontrar reposo.

Ya lo sé, conozco este interminable y vertiginoso ciclo mortal, mi éxtasis durará tres minutos más y todo empezará de nuevo.

TREINTA Y SEIS SEMANAS

—El embarazo es una total y absoluta sumisión, la más cruel y descarada.

— Va de nuevo tu queja interminable.

— Es cierto, olvidando las imágenes románticas del perfil de una mujer preñada que acaricia tiernamente su desproporcionado vientre, con los ojos turnios que rebosan instinto protector, estar embarazada es un suicido solapado, es un acto masoquista de nulidad total. Ya no eres tú, eres lo que contienes, como un diagrama de Venn, eres un envase lleno en constante acomodo.

— Ahora resulta que eres matemática.

— No te burles. Ya ves, gracias a la naturaleza, tan sabia ella, la “invasión” tiene un final y no siempre feliz.

—Menina, Menina, deja de decir tonterías, hablas sin pensar.

—Sí ya sé, estoy embarazada, es la única época socialmente permitida para declararse caprichosa y enajenada sin tapujos. No durará mucho así que aguanta que me exprese y culpemos al síndrome preparto. Todo está permitido por el bien del bebé.

michelle Juárez

—Hoy sí tocaste fondo. Creo que no podrías decir algo más estúpido.

—¿Y si fuéramos hormigas reina destinadas a parir cada cinco minutos por el resto de nuestra diminuta existencia? Tener por siempre el culo tan grande ha de ser incómodo.

—No seas irreverente, la capacidad de engendrar una nueva vida es un regalo divino.

—Divino es morir, no engendrar. Como dice papá. Ser tan responsable de la vida de otro humano es impropio, raya en la insolencia. No es justo para nadie, es la expresión máxima del solipsismo humano. “Hay sí, quiero tener un hijo, ya estoy lista para ser madre”. ¿Qué es eso? Nunca se está listo para ser tan egoísta.

—Si no quieres al niño, yo lo adopto, sé que será lindo porque trae buenos genes. Seguro tendrá tus ojos profundos y su boca carnosa, tu cuerpo frágil y sus diminutas orejas.

—Ni lo pienses. Siempre he asumido el control de mis actos, huí de mi madre, le di de comer el canario de la casa a mi gato, me casé y lloré a mi infinita abuela porque tenía que hacerlo y tendré a este único niño que será mi hijo por la misma razón. Mi reyecito, será el universo, será la vida y todo lo demás.

—Estás tan segura que será niño, mejor prepárate, podrías llevarte una sorpresa, ¿y si fuera niña?

— No quiero réplicas mías. Las niñas somos demasiado, no nos merecen. Ya soy injusta e irresponsable prestándome a esto, si fuera niña no soportaría mi culpa. Es niño, él mismo me lo dice por las noches cuando desde dentro con sus movimientos acuosos me arrulla en la oscuridad: *Menina, mamita, soy Rodrigo, te amo.*

—Qué palabras tan ambiguas y sin sentido viniendo de un oscuro rincón de la nada, tienes razón, es niño. Solamente un niño puede generar esa sensación en ti.

—Si no fuera niño las cosquillas serían diferentes, menos intensas, menos demandantes. Cuando sientas estas cosquillas justo entre los intestinos y el diafragma entenderás lo que significa no tener voluntad para nada más que para perpetuar la existencia del responsable de los extraños movimientos en tu interior.

—Sabes que soy infértil, Rosa por gusto, a menos que me dones tu capullo, nunca sentiré ese cosquilleo. Pásame las galletas, porfa.

—Toma. Te daría mis menudos sin pensarlo querida, como lo haría con cualquier otra parte de mi cuerpo. Excepto, claro, mis manos. No soy nada sin mis manos. Sin ellas no podría escribir ni jugar con tu cabello, o acariciar a mi solecito recién amanecido. Entonces él moriría de tristeza. ¿Qué chiste tienen cuarenta semanas de tortura si al final dejas morir al causante?

michelle juárez

—Pues tal vez con el tiempo sea posible, ya ves, los transplantes de órganos cada vez son más sofisticados, si ya puedo tener tu corazón, probablemente en el futuro puedan implantarme tu matriz.

—De hecho estará disponible dentro de cuatro semanas exactas, hablo de mi matriz, no de mi corazón. Así que empieza a indagar. Es toooda tuya, luego del desdoblamiento, no la necesitaré más.

—Quién sabe Menina, es probable que dentro de unos años quieras repetir la experiencia.

—¡No! Tener más de un hijo es el colmo, creo que la angustia me ahogaría. ¿Más té?

—No gracias. Siempre hay una remota posibilidad de que te conviertas en una niña ordinaria y veas la maternidad como lo que es, una experiencia natural y urgente.

—Gracias por el optimismo pero me siento cómoda así. En cualquier caso, todo está resuelto, ya que tendrás mi matriz, si se me antoja, te aviso y quedas ordinariamente embarazada por mí. Sería divertido, ¿no crees? Al fin de cuentas estaría utilizando lo mío.

—Con todo placer, el único detalle incómodo, como siempre, es el tema masculino. No soy muy escrupulosa pero creo que no te permitiría tener un hijo de mi marido, así que me vería obligada a cogerme al tuyo...

—Meniiina, nenita, deja ya el juego, ¿qué tanto hablas? Le diré a tu madre que al parecer estuviste espiándola otra vez. Pareces poseída cuando hablas como ella.

—Otro ratito papi.

—No hija, es muy tarde, una niña de tu edad ya debería estar durmiendo. Guarda a Rosa, es hora de bañarse.

—Papi, ¿puedo meterme a la tina con este cojín amarrado a la cintura? ¿Ves?, estoy embarazada de mi único hijo y no quiero abortarlo.

TIEMPO PERDIDO

Qué rico se siente flirtear con alguien. Es el único momento de la existencia en la que es placentero tragarse un signo de interrogación aderezado con salsa dulce y un poquito de picante. Todo es incierto menos el reflector incandescente que se dirige hacia ti en medio de la oscuridad cuando esa persona hace el más mínimo esfuerzo por reparar en tu existencia. No importa si es un simple y poco perceptible movimiento de ojos o si es una franca sonrisa, el reflector te ilumina y te hace sudar. Con 15 o 65 años encima, flirtear hace que tu sangre circule más rápido y que tus alveolos pulmonares trabajen extra.

Tengo 49 y no lo puedo evitar. La presiento y me agito. Allí viene, mi pasado no importa, al carajo el futuro, el movimiento de sus rodillas bajo ese vestido rojo, dando compás rítmico a sus pasos es lo único que articula mi tiempo, mi presente. ¿Me habrá notado? Va hacia él.

—Lo siento, ¿hace mucho que me esperas?

—No, está bien, te sé ocupada.

Que si soy escritor, científico o mecánico, tampoco importa...aunque, creo que sí, finalmente sí importa, si no fuera por mi condición particular, no podría disfrutar de

tiempo perdido

la misma forma este flirteo vivificante. Si estuviera casado, sería aún más excitante, si estuviera soltero sería un poco monótono, pero como simplemente estoy... diríamos... comprometido, este ajetreo toma una dimensión metafísica. Técnicamente es inaceptable, idílicamente es posible y prácticamente es ineludible.

—¿Notaste al tipo sentado en el sofá?

—¿Quién?

—No voltees, está viendo hacia acá. Tiene el cabello rizado, ojos rasgados y algunos años encima.

—¿Está aquí? ¡Tengo que irme!

Ella me desea, se le nota, tiene escrúpulos, también se le nota, pero justo eso es lo maravilloso. Ese estira y encoge tan suave y cadencioso, como el mejor de mis solitarios preámbulos. Vamos, nena, dame un poco más, sólo voltea y mírame, ¡sé que te mueres por voltear! Me encanta ver tu figura por desde acá, apreciar esa espalda torneada que culmina en un cuello pequeño y masajable, tan evidente ahora con tu cabello recogido en un peinado descuidado, me enerva. Pero ver girar tu rostro hacia mí es todo lo que necesito por ahora. Esa sería la señal inequívoca de que puedo dar el segundo paso, de que no importa cuánto tarde, tú estarás en algún lugar de esta ciudad pensándome, imaginándome, esperándome.

Yo te conozco, he visto esa actitud otras veces, te resistes, piensas que tienes mucho que perder, tu reputación,

michelle Juárez

tu imagen y tu poder. Pero ni siquiera las diosas son más fuertes que el gusto de saberse deseadas. Eso lo aprendí poco a poco, sin dolor. Las mujeres no pueden resistir el placer de su propia vanidad, si se sienten atrayentes todo está consumado. El problema es ser original con alguna que ya lo ha escuchado todo. En esos casos es mejor no decir mucho; sí lo sé, es arriesgado porque si no manejas bien la técnica puedes parecer indiferente, eso sí que lo aprendí con dolor. Mucha valiosas presas se me escaparon por no saber manejar mis silencios.

Lo reconozco, he sufrido mi falta de palabras, expresar es importante, más si tienes unos ojos expectantes frente a ti. Cuando eso suceda, no hay que quedarse callado, hay que hablar, decir, gesticular. Aunque uno tenga un cerrojo a cuatro llaves en la garganta, es debido sacar alguna palabra del abismo y observar cómo el cielo se abre de par en par. No miento, hasta los trofeos ya ganados se pierden si no se habla en el momento oportuno. El maestro me decía: “Antes de besarla, dile algo, un beso apasionado en mutis total es tan insulso y rudo como el tequila sin limón y sal”.

—¿Qué hace? Dime.

—Lee, parece que leyera en voz alta, mueve los labios.

—Voltearé como buscando a alguien en la puerta.

¡Volteó! Ya está, eres tooda mía. Aún no estaba seguro, otras veces me has dejado esperándote. Eso también

tiempo perdido

me gusta porque no sé cuál será tu actitud en la próxima ocasión. Pero hoy te sientes segura, lo intuí en tus manos enroscando ese mechón junto a tu oreja. Él no existe, es solamente otro más que se enorgullece de tenerte cerca. Ignora nuestro juego, es el afortunado de turno, pero no importa, tú eres demasiado.

—La mirada se le iluminó, sonríe.

—¿Lo ves? Voltear fue suficiente, ahora cree que es el dueño del mundo. Es bello, no lo puedo negar. Inevitable flirtear con él.

—¿No aburre hacer lo mismo una y otra vez?

—¡Claro que no! Siempre es una sensación nueva. Me muero por descubrir su siguiente movimiento.

Le hablas, seguro de mí. Le dices que ponga atención a mi siguiente movimiento. Pero no lo adivinarás. Ahora me acomodaré en el sillón... vaya que se esmeran en este lugar, el sofá es realmente confortable, podría dormir contigo acá la noche entera.

—Ahora acaricia el sofá. Seguro quisiera que estuvieras allí.

—Si me invita abiertamente será una terrible decepción. Tiene que ocurrírsele algo más intenso que no rompa el hechizo.

Si tuviéramos tiempo, si tuviera el valor para invitarla abiertamente a sentarse junto a mí. Si fuera tan fácil

michelle Juárez

como tomarla de la cintura y tenerla en mi piso, sintiendo su aroma y sus dedos acariciando mis sienes.

—Se rasca la cabeza.

—¿Se rasca la cabeza?

—Sí, tiene los ojos cerrados, parece a punto de dormirse. No, se levanta, creo que se irá.

—Vaya, esta vez no valió la pena que volteara a verlo.

—Entró al baño.

—Ojalá todo le salga bien.

—Tu celular, vibra.

“Besos niña hermosa”.

—Me envió un mensaje. ¡Ahora sólo quiero besarlo!

No hay mucha gente, ojalá se le ocurriera la osadía de venir al baño y así por lo menos podría abrazarla.

—¿Se notaría mucho si entro al baño de hombres?

—¿No te parece más prudente responder su mensaje y esperar a que salga?

“Venga a dármelos”.

—Bien, ya lo hice, ahora necesito un trago fuerte.

¡Me respondió! Cancelaré todo, ¿qué hora es? espero aún tener tiempo para cancelar. Hoy es ella, mi bella

tiempo perdido

niña de rojo, nadie más. Sé que estoy loco, pero si no la tengo ahora seré nada.

—Está saliendo del baño y viene hacia acá.

—Perdón, creo que te dejaré solo.

—Espera, espera, la mujer de gris que acaba de entrar lo detiene.

Su espalda, sus ojos, su cabello. Pronto desataré ese nudo que detiene su cabello y le besaré el cuello hasta cansarme.

—¡Hola querido! ¿Dónde estabas? Ya casi me iba.

—Ah... sí, hola, tardaste y fui al baño.

—Lo siento, no encontraba dónde estacionarme. Intenté llamarte pero me enviaba a buzón. ¿Estabas llamándome?, ¿te sientes bien?

—No, o sea, sí, no importa, estoy bien, creo que hasta ahora todo fue tiempo perdido. Necesito un tequila con limón y sal.

—Mmmm, me encanta cuando estás así de ansioso.

—Ven, vámonos, solo deja que te presente a una amiga que está por allá.

MÁS DE DOS DÉCADAS

Cuando el viaje ha sido largo y cansado, la necesidad de recostar la cabeza sobre un hombro confiable es urgente. No importan cuán lejos o cerca de casa anduvimos, la brújula nunca está de más, y aunque seas una inepta trapecista que acostumbra caminar por las cuerdas más flojas, la red de seguridad que amortigua tu caída siempre se agradece.

Si tu pasado te alcanza es porque aún no es pasado, decía mi madre postiza. Y como siempre, tenía la boca atascada de razón. *¿Quién habla?, ¡hooola, qué sorpresa! Tanto tiempo, sí fue ayer, gracias, qué lindo en recordarlo. Aún no termina la celebración. Un abrazo para usted también aunque no sea el cumpleaños.*

Un ser nocturno como yo demanda oscuridad, obvio, la luz directa me daña la retina, no soy capaz de enfocar bien si me encandilan. Desconfío de la claridad que me obliga a ser optimista; “no soy pesimista, solo soy una optimista bien informada”. Sin embargo necesito aire fresco, suficiente aire para llenar los pulmones y liberar mis fantasías. Por eso, aunque duermo con las ventanas abiertas nunca corro del todo las cortinas.

¿Diga? Sí, ya estoy de vuelta, lástima, me la pasé tan bien que hubiera deseado no regresar aún. Celebré con mis dos amores, como siempre, ellos se comieron el pastel y yo me tomé la limonada. Son jóvenes y aman el sol, en cambio yo debo cuidarme. El bloqueador solar es indispensable, sé que es ginecólogo y no dermatólogo o psiquiatra, pero ya se sabe: si no te proteges, pronto sufrirás las consecuencias, tu piel y tu vida se marchitarán prematuramente; entonces, cada vez que sonrías la expresión de tu mirada se perderá en añejos dobleces infinitos.

Claro, cuando usted quiera, no, más bien cuando yo pueda, perdón, no es arrogancia, de veras, tengo una existencia realmente agitada. Ya sé que todos estamos igual, aunque unos más que otros, ya ve, usted aún puede hacer siesta y tiene la bendición de no enfrentar el desgraciado tráfico de la ciudad, en cambio yo, no sé, realmente no sé qué pasa con mi presente pero se me va de la conciencia sin que lo note. Sí, es terrible. Necesito tiempo, me urge, nadie es capaz de darlo, todos lo demandan, lo exigen, por eso me retraigo, no puedo manejarlo, no soy capaz de ofrendar lo que me falta y si me esfuerzo, el agotamiento vence y acabo por languidecer. Quien dijo: “querer es poder” estaba drogado, no tenía hijos o seguro era monje contemplativo. El tiempo todo lo marca, nada se le escapa, lo declaro vencedor. Alguna vez tuve la osadía de retarlo, ahora lo acompaño en su victoria y me sirvo de él cada

michelle Juárez

vez que lo permite. Juro que intento con todo el hígado dejar de lado mi ansiedad y ser un poco más paciente pero creo que fracaso. Ya no espero a nada ni a nadie, no pierdo el tiempo, actúo y asumo las consecuencias.

Sí, me encantaría, ¿a las 6:00?, ¿no puede a las 5:00? Debo subir temprano porque hay que leer un cuento antes de dormir, bien, procuraré ser puntual, lo prometo. Por dios, es tan fácil dejarse llevar por alguien así. La calidez, la asfixia de sentir un abrazo fuerte sin remilgos, la mirada menos turbia, más sincera. Finalmente alguien fuera del circuito. La ternura es cómoda, aunque nunca me he sentido realmente bien caminando sobre algodón de azúcar. Mis pasos son demasiado sonoros y fuertes, siempre he odiado eso de mí, quisiera ser ligera pero camino como mastodonte borracho y sentir el suelo blando me crea cierta comezón. Sin abismos y retruécanos estoy perdida. Maldita disfuncionalidad.

Hola, pase adelante, me encanta su suéter, ¿puedo quitárselo?, realmente le sienta muy bien la barba, ¿me permite besarla?, estamos igual de flacos ¿quisiera sentir mi peso sobre el suyo?, Ah, sus manos sí han cambiado, son más recias, seguro ahora más expertas, mmmm. Siempre con sus movimientos femeninos aunque firmes, recuerdo sus manos blancas acariciando mi carita.

tiempo perdido

¿Yo?, sí claro, tal como me ve, con canas que no me atrevo a ocultar, veinte o más cicatrices nuevas en mi cuerpo, probablemente una por cada año vivido desde que nos dimos el último beso, dos nuevas extensiones de mí misma y una tonelada de pensamientos. ¿Necesidades?, por supuesto, muchas, aunque solamente me esfuerzo por satisfacer las cinco básicas: papel para leer y para escribir, para limpiar, para envolver y para recoger las cenizas. Todo lo demás es lujo y me lo proveen mis semejantes, lo quieran o no. ¿Y usted?, ¿ya libre del desencuentro?, ¿qué necesita? Las últimas dos décadas me han hecho ágil en proveer los tipos de papel que ya le enumeré. Si alguno le hace falta, con todo gusto le comparto de los que tengo.

OCHO DÍAS

El corredor largo y poco iluminado siente sus pasos. Hace una semana, la misma enfermera era un buen augurio, sonriente y chabacana, ayudándome a lidiar con mi incomodidad y expectativa. Ahora le temo, no quiero verla, es un pajarraco carroñero.

Permitir que te abran por la mitad como un pollo listo para la sopa es válido, incluso deseado cuando lo que se recibe es producto de ti misma, claro, no es una cagada, que también es producto de ti misma, es un recién estrenado ser humano muy parecido a ti, al que te dedicarás aunque no quieras.

Ahora todo es diferente, los tules azul cielo se convirtieron en gasas rojo sangre, con el mismo olor acre de la morgue donde vi arrumbar el cuerpo de mi ser más querido como si fuera un viejo bolsón remendado. Y siento de nuevo ese dolor profundo, casi irrespirable, casi placentero.

Veo a esa figura blanca e indeseable doblar la esquina del pasillo y acercarse de nuevo a mí con sus pasos arrastrados y sordos. Mientras, el bebé grande, coautor del pequeño causante de mi vigilia,

el que no está enfermo, duerme plácidamente apoyado sobre mi cuerpo. Por favor, mujer albina, pase de largo, no existo, no estoy acá tirada en el piso de un hospital, sobre una colcha húmeda e infectada, intentando reaccionar de este mal viaje. No tengo tres días de desvelo, no tengo las lágrimas detenidas en el tiempo, secas en la cara y regadas por toda la ropa, no tengo el vientre marchito y rasgado, no tengo los senos doloridos y a punto de reventar, no soy yo, está equivocada.

—Señora, es hora de darle de mamar.

Fue inútil, aunque intenté con todas mis fuerzas hacerme un ovillo invisible, no lo logré.

—Ahora voy.

Con una de sus fuertes manos me levanta del suelo, mientras con la otra empuja la pesada y gris hoja de acero que nos separa de la crueldad. Allí está él, su cuerpecito es un imán que me atrae. Sería mejor que no me alejaran de su espacio, pero me ven demasiado pálida, casi verde. Es divertido, él azul y yo verde, ¿qué clase de humanos somos? Así que me sacan; imbéciles, creen que afuera, tirada en el pasillo, al lado de la puerta, podré recuperar la cordura.

Ahora, de nuevo junto a su respirador no puedo evitarlo y vuelvo a inundarme. Lo veo tan aislado y atrapado en esa telaraña de cables, tan desnudo, con sus ojitos demasiado cerrados y llenos de sombras que mis lacrimales se reactivan

sin permiso. Quisiera simplemente arrancárselo a la inocuidad de este espantoso cuarto lleno de miseria y devolverlo a la calidez de donde no debí sacarlo nunca, donde estaría seguro, pleno de vida, pateando y chupándose el pulgar, abrigado con todo mi cuerpo.

Ella trata de guiarme:

—No, así no, acérquelo más, está débil, necesita alimentarse, si no lo estimula perderá la conciencia y tal vez nunca la recupere. Pruebe con el pecho izquierdo, está menos inflamado.

Lo intento, de veras que sí, ¿no mira vieja amargada que se me va la voluntad en el esfuerzo por lograrlo? Mi pedacito de carne no es capaz de asirse a mi otro pedacito de carne. Está torturándonos a los dos.

—Es inútil, deberá sacarse la leche para dársela con una pachita.

Su mirada inculpadora es un rayo que me parte como una naranja.

—Seguro eso funcionará.

Qué inútil soy, ¿acaso la maternidad no es algo para lo que genéticamente venimos preparadas?, ¿por qué mis manos son tan torpes cuando mis entrañas lo hicieron todo bien? Bueno, tal vez no tan bien, tal vez por dentro también soy torpe porque seguro algo allí dentro no funcionó como debería, la prueba es esta pesadilla. Me angustia no poder ayudarlo a vivir, no poder siquiera darle de comer.

—Le traeré un tiraleche. Mientras, apriétese los pechos y dele con esta gasa lo que pueda.

Ahora es el momento, ella se irá y podré sacarlo de aquí antes que sea tarde. Después de todo no hay nadie en el mundo que lo ame como yo. Le devolveré lo que perdió.

—Acá está, solo debe colocar esta parte alrededor de su pezón y succionar fuerte para que la leche caiga en el botecito.

—Duele demasiado.

—Debe hacerlo, si no se saca la leche no sentirá alivio y el bebé en estas condiciones no puede tomar fórmula artificial. No sabemos qué reacción pueda tener y los médicos no quieren arriesgarse.

Mientras, el otro bebé, el sano, continúa durmiendo. Ignoro si tendrá pesadillas o hermosos sueños, su sonrisa inconsciente no permite interpretarlo. Me sorprende esa capacidad para abstraerse de todo y ver pasar el mundo frente a sus ojos, tan grandes como vacíos. Aunque claro, debo considerar que son las dos de la mañana y el desvelo frente a la cuna del heredero es asunto de mujeres.

Tengo entumecidos los brazos pero no quiero soltarlo. Es como cargar a la nada, mi nada, mi todo. Hace dos horas que me torturé con el tiramierda, logré arrebatarme tres onzas de leche a mis pechos inflamados y sangrantes. Bebió casi

michelle Juárez

la mitad, seguro le gustó la sensación de algo tibio recorriendo su interior. No quise decirle a la descarnada de blanco que el contenido de la pachita era una mezcla de leche y sangre. Tal vez bebiéndome desaparezca el fantasma que lo aqueja y podamos volver a casa, convencidos de que el exorcismo funcionó.

—Es una buena señal. Tenga calma, verá que todo sale bien. Vea a los otros bebés, el suyo es el que tiene mejor pronóstico, ya descartamos todas las causas comunes de cianosis y sus órganos están bien. Mientras los médicos descifran el enigma, es bueno que quiera comer. Su leche le hace bien. ¿Ve que valió la pena el sacrificio?

Intento sonreír. El olor a desinfectante de hospital no se apodera de su piel que aún huele a ternura sin estrenar. Acercó su cabecita a mi boca y lo animo:

—Mi amor, mi sangre es tuya, tómala si la necesitas. Si quieres podemos empezar de nuevo, igual, no hemos avanzado mucho, juguemos a que te regalo de nuevo la vida.

Ahora todo se nubla, por más que intento darle calor, su cuerpo se enfría de a poco. Nadie sabe a ciencia cierta qué pasa, repentinamente sus labios y sus uñas toman un color azul marino y se marchita. No, miento, ya sé qué sucede, en realidad es una diminuta mariposa que ya vivió el tiempo justo. Cada día humano es equivalente a

diez años para él. Así que vivió ochenta años que para mí no son suficientes porque aún tengo los pechos, las manos, los ojos y la boca llenos de alimento, caricias, miradas y palabras que son tuyas. ¿A dónde me voy a guardar todo eso ahora? Mi niñoanciano se cansó de respirar. Yo también me cansé, mejor toma mi aire, llévatelo para que juntos, dentro de trescientos cincuenta y siete días, en otro lugar más perfumado y agradable, soplemos las velitas de tu primer pastel.

Mientras, el bebé sano continúa durmiendo. Claro, son las seis de la madrugada, el reloj del pasillo aún no suena y sostener diminutas mariposas mientras levantan el vuelo es cosa de mujeres cursis y sin oficio. Hey, tú, padre preocupado, ¡despierta! Lo siento, estuve ocupada toda la noche y aún no está listo el café, pero necesito pedirte un favor: ¿quisieras cederle tu plácido y palpitante lugar a este otro bebé que inerte guardo entre los brazos como mi tesoro máspreciado?

SETENTA VECES POR MINUTO

Él, sentado en la cama, pálido y cubierto de sudor se toma los signos vitales. Desde niño aprendió a hacerlo, era necesario, no siempre había alguien cerca para asistirlo en ese menester, así que mano derecha en la muñeca izquierda y a contar: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11... 33...70. Sí, su corazón aún funciona, pero no tiene garantía ni reembolso. Diez y seis años no son realmente demasiado tiempo para un corazón humano, más bien son apenas la antesala de la vida.

Para él no, esos mismos años han sido un auténtico regalo. De hecho, su corazón no debería estar latiendo, es un hámster cansado de correr en su rueda sin fin. Satisfecho del resultado de la cantidad de latidos, piensa: cuando salga de acá, me dedicaré a arreglar corazones rotos, cansados y ansiosos.

El otro, sentado en la alfombra, abandonado al placentero efecto de la piedra, se siente eufórico y completamente perdido en su propia humanidad. El cuerpo le hormiguea y su cerebro se cortocircuita. Para qué pensar cuando lo único necesario es sentir y dejarse llevar. Estos veinte

años ancianos, gastados, llevados al límite, sin reivindicación, alejados de todo lo que puede arraigar su corazón son algo de lo que se envanece.

Lo único que desea es sentir al millón de insectos que le inundan el cuerpo acupunturándole la piel desde adentro. Luego, cuando el efecto de la droga se asiente, estará listo para crear. La técnica es simple, piensa: debo gastar las energías de mi cuerpo para luego permitir que mi cerebro despliegue toda su abstracción.

¿Por qué diablos ocurre que las personas que tienen el tiempo contado son las que ridículamente sonríen y afrontan la adversidad con la templanza y positivismo del iluminado? Seguro es otra de las malas bromas que nos jugamos, intentando hacer verídica la premisa que la existencia humana es una constante resolución de conflictos. Si las personas malas murieran por su merecimiento, no tendríamos excusas para desgarrarnos clamando justicia.

Para saber quién está más próximo a la muerte, hay que localizar siempre al más optimista y sonriente. Nunca falla. El lisiado, en un ataque moticional, aprende a escribir con las orejas, mientras un completo y hermoso individuo se mutila los dedos con la pretensión de expresarse a través del *body art*. Somos ridículos, condenados a la incongruencia más genuina.

Justo ese era su perfil, el del condenado optimista: estudiante destacado, hijo ejemplar, hermano solidario y colaborador, amigo incondicional; niño scout del año, alcalde por un día, presidente del comité de amigos de las babosas en peligro de extinción, vegano, abstemio y circunciso. Provocaba náuseas verlo siempre pelando los dientes en una muecasonrisa condescendiente. *Pooooo favorrrrr, date un descanso que se te entumecerán las mejillas.* Se lo decía una y otra vez *si quieres vivir debes oscurecerte un poco, recuerda: hierba mala nunca muere.*

Por el contrario, el otro estaba siempre en el filo, indiferente, ácido y sombrío. Hecho de duroport, flotaba directo a la superficie no importando cuán profundo se hundiera. La raza misma podía desaparecer, que él inmutable, con el seño fruncido y la mirada perdida. Yo era insistente y le hablaba claro a los dos. Y a éste siempre le decía lo mismo *no conviene ser tan temerario, si quieres morir debes iluminarte un poco, recuerda que la muerte es esquiva si las buscas. Es como una hermosa mujer a la que correteas pero nunca alcanzas.*

Uno de nuevo en la rutina de traducir en números sus segundos de trabajo cardíaco, cuenta: 1, 2, 3, 4, 5... 60. No, voy perdiendo el juego, este confinamiento hospitalario frena mi corazón, reiniciaré el yoga para acelerar el motor, vamos nene no pares, sigue latiendo, ya falta muy poco

para el relevo que te dejará descansar. Lo presiento, la espera terminará antes que dejes de funcionar.

Otro, en la misma tarea, se lamenta: endemoniada taquicardia. 1, 5, 30, 70, 90, 120.... Este cóctel fue una bomba. Desgraciado *pusher*, le dije depresivo, no estimulante. Reiniciaré el yoga para aprender a desacelerarme. Un poco más y necesito otro cuerpo para tanto latido de mierda. Nadie es capaz de crear con este redoblante dentro del pecho. Necesito coger y liberarme.

Sin pensarlo mucho y con la idea de encontrar un alivio rápido, recorre el largo trayecto vertical desde el *penthouse* hasta el *lobby* y empujando la lujosa puerta de vidrio, sale a la luz del sol de medio día.

Justo cuando se agacha a recoger el teléfono celular que sin darse cuenta se le resbaló de las manos, escucha el rechinar de las llantas. Frente al semáforo de la cuadra anterior dos carros amenazan con iniciar un puyón en plena avenida. En cuestión de segundos los motores rugientes se abalanzan sobre una pequeña que sonriendo corría detrás de su pelota.

—¡Mocosa estúpida, quítate!, ¿no ves que estás a media calle? —le gritó guardando su celular. Fue inútil, la niña solamente pensaba en salvar su pelota, ella era de goma, la pelota era de carne y hueso. El veinteañero sintió cómo el gesto ameno de la pequeña se apoderaba de su propia cara.

michelle Juárez

Sin poder evitarlo, sus labios suavemente se distendieron y levemente dejaron al descubierto sus dos hileras de dientes de ratón. Sus facciones se suavizaron y se percibió ligero; claro era de duroport y en ese momento, hasta que no se relajara cogiendo, era todo corazón. Avanzó los tres pasos que lo separaban de la tragedia y le arrebató a la niña el protagonismo de la escena sangrienta. Gritos, histeria, sonidos de emergencia. No había remedio, la hermosa mujer por fin se dejó atrapar.

—¿Por qué lloras mamá? No te preocupes, estoy bien, tengo pensamientos lascivos, eso me ayudará a vivir, no solo aceleran tantito mi corazón, sino que me hacen un poco oscuro, tal como me ha recomendado el especialista.

—Lloro de emoción. Hay un regalo listo para ti, ahora lo traen, es de un héroe de veinte años, justo lo que mereces.

—¿Es posible?

—No han logrado encontrar familiares, era un artista joven que vivía solo. Extraño, ¿no te parece? Una persona capaz de dar la vida por una pequeña desconocida debería estar rodeado de gente amada. Parece que era huérfano. Ahora ya estará junto a sus padres, que Dios lo bendiga y lo tenga en su gloria, mis palabras no lo ofendan.

—¡Por fin! Sabía que sucedería. Ya ves, no soy tan bueno como para merecer la muerte. Lástima de muchacho, la gente buena siempre muere, no es justo, los malos son quienes deberían dejar de existir.

Ahora, ¿soy malo? No estoy seguro, pero por si las dudas me dedicaré a lograr un equilibrio que mantenga mi existencia, seguro que ser un poco indeseable no es tan difícil. Lo primero será dejar la presidencia del comité, pela si las babosas logran sobrevivir a la extinción, aunqueee pobrecitas, nadie merece extinguirse. Ya veré qué hago de malo para merecer la vida. Mientras, me despido de ti, cansado corazón. Te agradezco haberme ayudado a cumplir los diez y seis, ahora tu relevo continuará con la suma. Buen viaje, espero que ninguna otra parte de mí te alcance pronto, *ciao*.

El largo y minucioso procedimiento de trasplante cardíaco siempre culmina con los choques del defibrilador. Los aspirantes a Frankenstein recurrimos a la electricidad para empujar la vida que se traduce en latidos, primero tímidos, pero con suerte poco a poco más confiados y cómodos, pom-pom-pompom-pompom-pompom.

En la mesa de cirugías, con el pecho del paciente abierto como una flor en primavera, a veces hacen falta más de una inyección de

michelle Juárez

adrenalina y treinta minutos de masaje directo para lograr que el músculo vital reaccione. Pero en este caso particular, no fue necesario en absoluto. Todos los médicos quedamos sorprendidos, el corazón del héroe realmente parecía acelerado y ansioso. Luego de sacarlo del hielo, acomodarlo en su nueva caja torácica, unirlo con un delicado macramé a venas y arterias ajenas, y finalmente liberar el flujo sanguíneo, comenzó a latir solito, ¡sin ayuda! Así, como si nada, inició un ritmo sostenido y acompasado, 1, 2, 3, 4, 5, 6... 33... 70. Parecía decirnos: no los necesito, ya hicieron su trabajo, ahora dejen que yo haga el mío.

Alguno de los compañeros le respondió: ok, feliz, feliz cumpleaños joven y arrogante corazón, bienvenido a tu nuevo cuerpo.

UNA NOCHE ANTES

Es el desastre
es la hora del vacío no vacío
Es el instante de poner cerrojo a los labios
oír a los condenados gritar
contemplar a cada uno de mis nombres
ahorcados en la nada
(...)

Alejandra Pizarnik.
El despertar

Ya vieja prometo dejar que mis ojos lloren hasta que se cansen. Se decía una y otra vez, mientras caminaba erguida aunque desolada frente a quienes la escudriñaban sin piedad. Seleccionó la iglesia más pequeña que encontró, justo para evitar lo más posible esa exhibición innecesaria. Tenía un pedazo de plomo atravesado en la garganta, pero ser débil era una condición ajena y desconocida para ella.

El vestido blanco, sin más decorado que sus hombros desnudos era todo lo que la separaba del abrazo afectuoso de quienes se acercaban a felicitarla en la antesala de su desdicha. Una hora

michelle Juárez

más tarde ya era de verdad tarde. Había cometido el peor error de su corta existencia pero ya no podía escapar. O por lo menos eso pensaba yo.

No llores, no llores, no llores, era la consigna. Cada vez que sentía los ojos aguanosos, los cerraba muy fuerte, pensaba en algo violento que le devolviera la rabia para poder sustituir la mirada angustiada por una segura y retadora. La maniobra nunca se le dificultó tanto como ese día. Lo logró cuando de pequeña su hermana le decía una y otra vez: “Las niñas bonitas se ponen feas cuando crecen”. Lo logró cuando un día, al volver a casa de la escuela, su madre la recibió con una maleta en la puerta y una despedida en los labios. También lo logró cuando le rompieron en mil pedazos el débil cristal que la protegía del amor. Pero ahora, con un ramo de flores en las manos y una semilla germinada en el vientre, la mirada suplicante era demasiado necia.

“Es tan feliz que no puede contener las lágrimas” decían todos los que no la conocían, “son hermosos y jóvenes, todo es perfecto”. Claro, se olvidaban que la perfección es una mentira descarada. Se olvidaban de las incertidumbres del uno y las seguridades de la otra y de cómo en esa dispareja, ambas condiciones chocarían durante los próximos años si la escena no se detenía a tiempo.

“¡Llora! Debemos ayudarla” decían los pocos que la conocían y deseaban que todo el show fuera un simulacro de lo no deseado.

Aunque estaba tan bella que bien valía la pena vivir el momento. La palidez de su piel y vestido nupcial contrastaba dramáticamente con el cabello negro y largo adornado solamente con unas diminutas margaritas. Había algo enigmático en esa novia doliente que caminaba hacia un altar demasiado próximo para sus deseos de salir corriendo en dirección opuesta. Esa fragilidad pocas veces expuesta la hacía tan deseable y provocaba protegerla sin condición. Hasta parecía imposible que hace algunos días esa misma boca temblorosa dijera:

Todo está mal, todo es un equívoco pero no puedo hacer evidente mi angustia. Aunque me tome la vida entera arreglaré este mal entendido. Nadie te ayuda cuando lo necesitas, todos buscan algo a cambio, son vampiros chupándote la sangre y el carácter. Sí, es cierto, soy castrante, orgullosa e intensa. No lo puedo evitar, somos lo que formaron en nosotros y a mí me formaron guerrera. Soy enemiga del dolor y la debilidad, lo que está mal hay que arreglarlo, simplemente, sin más preámbulos. Avanzaré decidida y encomendada a mis ancestros, convencida que todo sale bien cuando se tienen las mejores intenciones.

Vaya gran equivocación. En verdad era guerrera, pero su ingenuidad aún superaba su

experiencia y el tropezón estaba en pensar que “las mejores intenciones” eran suficientes para que todo resultara bien. Si me hubiera dejado aleccionarla, todo hubiera sido diferente.

Habríamos aprovechado la situación, habríamos superado la prueba y vivido lo suficiente para burlarnos del novio y su orgullosa prole. Pero no, a pesar de toda esa aparente fortaleza, aún no había tanta frialdad en su corazón y se ablandó en el último momento, no pudo con el peso de la burla. Tenía demasiada dignidad, eso la condenó.

—No me hagas esto —chilló el novio cuando ella rechazó el anillo de compromiso—. ¿Qué te hace falta? tienes todo lo que quieres, hasta te preñé. Seremos felices, no puedes dejar a nuestro hijo sin padre.

—Lo siento, no me importa, yo sabré explicarle.

—Tu abuela morirá de la pena.

Eso la desarmó. No podía permitirlo, tenía razón. El ser más querido sobre la tierra podría morir si ella le fallaba de esa forma. Sufriría demasiado. Ver vestida de blanco a la niña de sus ojos era una de las ilusiones más grandes de su abuela. No podía ser tan cruel.

—Lo pensaré—. Le respondió, aunque ya había tomado la decisión. Se enfrentaría a toda la ceremonia para luego, poco a poco, deshacerse del estorbo. Esa también era una enseñanza ancestral.

Los meses anteriores a la boda se le diluyeron en un estado de duermevela.

—¿Te gustan estas argollas?

—sí, están lindas.

—¿Crees que tu tía puede cocinarnos el pastel?

—Sí, claro.

—¿Tú padre te entregará en el altar?

—¿ah?, eh, sí, sí, seguro... ¡NO!, yo entraré sola, esto es asunto mío.

Como en otras situaciones donde el proceso le parecía vacío e insulso, sus mecanismos de defensa se activaron. Hablaba lo estrictamente necesario e inició su inevitable exorcismo a base de lecturas tortuosas y té verde.

Las bodas son una abundante ensalada de supercherías baratas. Y claro, la figura de la novia es el *target* perfecto de lo que prudentemente debe hacerse para atraer la dicha y alejar toda posibilidad de futura infelicidad conyugal. En medio del cálculo del largo y diámetro ideal de la cola del vestido, el tipo de liga que debe ceñir su torneado muslo y la joya prestada que debe lucir, sobresalen los colores que obligatoriamente hay que usar: algo rojo para la contra de los malos augurios, algo azul para atraer la prosperidad y algo dorado porque simplemente a no sé quién se le ocurrió semejante disparate. El tono sutil del atuendo, que va del blanco puro al beige tornasol, representa nada más y nada menos que su calidad moral. En

michelle Juárez

este caso ella con gusto se hubiera vestido de negro completo, pero era totalmente inapropiado o quizá demasiado premonitorio.

—Déjalo plantado, tu familia se recuperará. No serás ni la primera ni la última que se arrepiente a último momento.

—Has visto demasiadas comedias románticas. Esto es la vida real.

—Justo por eso lo digo.

—Tendré una boda de pesadilla y luego un soñado divorcio. Como debe ser.

—Eres demasiado calculadora.

—Como debe ser.

Sin embargo, algo sucedió. Su hastío poco a poco se fue convirtiendo en alegría. Soportó estoicamente, quizá hasta complacida, las despedidas de soltera, el rotulado de las 250 invitaciones y las citas en tiendas de boda para reservar su lista de regalos. Hasta colaboró haciendo moñas para las bancas de la iglesia.

Pero yo sabía que algo no andaba bien. Mientras más se acercaba el día, más extraña la notaba. Estaba como poseída por un ser jubiloso. Ya no era ella, era alguien más. Incluso parecía no reconocerme. Todos nuestros códigos desaparecieron. Ya no hubo más roces indiscretos ni encuentros arriesgados. Se convirtió en una

expectante, ocupada y normal novia. Hasta que en la cena oficial ofrecida una noche antes del gran día, la percibí de nuevo, sugerente y evasiva, tal como yo la adoraba. Reconocí el regreso de sus movimientos suaves y estudiados. Me alegré.

—Bienvenida, ¿dónde estabas? —le susurré al oído, un poco acostumbrado a sus cambios de personalidad.

Giró lentamente su cabeza hacia mí y lo que sus ojos mostraron me aterró.

Al descubrir nuestro acercamiento, repentinamente el novio la tomó de la mano y se la llevó. Ya no me permitieron verla más. Toda la familia política cerró el cerco a su alrededor aduciendo mala suerte para quien ve a la novia antes de la boda. Yo era el padrino oficial y no pude siquiera darle un abrazo de buenos deseos. Todos sonrientes me daban mil excusas para negarme su presencia. La mirada angustiada de la noche anterior me acompañó hasta la soleada mañana cuando la vi bajar del auto ya toda vestida de blanco. Verme fue el gatillo que disparó su llanto. Luego de encontrarme entre la multitud, sus ojos no pararon de llover.

—Tenías razón. —Fue lo único que logró decirme cuando pasó a mi lado.

Tal como lo había dispuesto, caminó sola hacia el altar donde la esperaba el reluciente novio, vestido de negro impecable. La ceremonia

michelle Juárez

transcurrió sin sobresaltos para la mayoría de los asistentes. Solamente la abuela y yo nos revolvíamos incómodos y moríamos de ganas por sacarla de allí. Pero fui cobarde, temiendo su reacción, dejé que todo sucediera.

Quizás si hubiera interpretado mejor sus palabras y su sollozo, ahora estaría conmigo. Su tibieza sustituiría la fría y tétrica imagen que tengo clavada en la memoria y que me revela sus pequeños pies confundidos entre el blanco vestido que colgaba, con todo y novia, de la viga de la alcoba nupcial. Ella finalmente escapó, aunque de la forma menos convencional y más dolorosa para todos. En medio del bullicio propio de una elegante recepción de boda, con mesas de diez puestos cuidadosamente asignadas, torres de olorosas gardenias y gerberas, y meseros llenando incesantemente las copas a la salud de los dichosos novios, hizo su salida triunfal, expresión última de fortaleza o ¿debilidad?

El novio la descubrió cuando ya el velo —del diámetro y largo perfecto— alrededor de su delicado cuello era lo único que la sostenía a dos metros del suelo. La descolgamos, intentamos revivirla, le gritamos, la lloramos y finalmente la despedimos.

No estoy seguro quién fue la mujer que perdí en ese cuerpo sin vida, si la que vi sufrir caminando hacia el altar o la que disfrutó cada uno de los

tiempo perdido

preparativos de la gran farsa. Me mantiene vivo la obsesión por descifrar el misterio y encontrar de nuevo sus gestos amados en otro rostro lleno de encanto. Si esto era lo que planeó, ella me buscará y me encontrará. De eso estoy totalmente convencido.

TAN SOLO ALGUNOS MESES DE DISTANCIA

Ella quisiera ser tú. Me han dicho varias personas en diferentes épocas de nuestra vida. Y nunca entendí por qué. No había ni hay nada extraordinario en mí. Aquí sentada, garabateando estupideces, esperándola en nuestro lugar favorito, con mi reflejo observándome en el vidrio empañado por el café humeante, confirmo que no soy física ni anímicamente espectacular. Soy una mujer promedio, estándar pues. Mediocre no, eso jamás. Tal vez al contrario. Estoy convencida de la relatividad de todo y aún así, me es fácil asumir posturas y ser firme en ellas, así esté equivocada. Afirmo lo que sea con tal convicción que soy capaz de hacer dudar al más canónico.

Seguro eso es lo que desea imitar, mi certeza sin condición. Pero ella es igual. Probablemente piensa más las cosas, es menos ansiosa pero decidida. Ambas huimos temprano, buscamos nuestro camino catapultadas por la inconformidad y el rechazo a la insensatez. Ni en su ambición ni en la mía cabía el miedo. Bueno... un poquito

pero manejable. Aunque luego volvimos a retomar lo que abandonamos, ella más necesitada que yo, más dócil y sensible. Eso sí es innegable y lo sabe, yo envidio su calidez y capacidad de perdón. Su corazón es más grande, aunque el mío es más resistente.

Volviendo a los reflejos: Que si yo me dejaba crecer el pelo ella resultaba igual de mechuda. Que si me casaba con un hombre alto, despistado y goloso, ella también. Mi forma de hablar se le pegaba casi instantáneamente. Así como mi insoportable maña de comer a cualquier hora del día. Incluso llegamos a pesar lo mismo y a vestir casi igual. Vaya, hasta mi rinitis crónica se le contagió, por lo que ¡tomábamos el mismo antihistamínico!

Pero yo realmente no lo notaba, casi podía jurar que nos influenciábamos mutuamente. A veces yo intentaba cambiar mis hábitos pensando que copiaba los de ella. Era divertido porque realmente no se sabía quién iniciaba o finalizaba alguna tendencia particular. Creo que esa es la verdadera amistad. Cuando no sabes donde termina una persona y empieza la otra, estás frente a la relación de complicidad perfecta. Éramos y somos tan parecidas que hasta puede pasar por mi hermana con más facilidad que la auténtica.

Nunca he creído en la fraternidad femenina a primera vista. A las mujeres nos cuesta ser buenas

michelle Juárez

amigas, aunque lo parezcamos. No está en nuestra naturaleza. *Sex and the city*, *Steel magnolias* y *Mujercitas* son una panacea.

Somos demasiado hedonistas y acuciosas. Ojo que no es malo, es inapropiado, pero no malo. Entre hombres existe más camaradería y solidaridad porque hay menos conciencia, son instintivamente más tribales, con mejor sentido gregario. Hu, hu, hu, todos juntos a cazar la presa. Los hombres son amigos hasta que se demuestren lo contrario. Para las mujeres es al revés.

Nosotras somos más selectivas y frívolas. No por casualidad llevamos la carga de preservar la especie. Nos mantenemos al tanto de otras perspectivas, calculamos, medimos terreno y buscamos comodidad para las opiniones propias. Además, nuestra imperante necesidad de comunicación nos hace pugnar con otras mujeres por la misma atención y enfoque, así que sutil o abiertamente —depende del espécimen— competimos por el espacio. Repito, no somos malas, aunque a veces, sí crueles.

Mi amiga y yo, como algunas otras, sí pasamos las mutuas pruebas en el proceso de buscar compinche del mismo sexo. La razón: nuestros temperamentos conforman el equilibrio hormonal perfecto. Yo tiendo a ser colérica y ella es sanguíneamente la frágil damisela en peligro —cuando le conviene.

En lo personal, por alguna extraña razón, que no tiene nada que ver con la atracción sexual, logro mejores relaciones con los varones, especialmente en el plano laboral. Creo que mi *alter* masculino se gana la confianza del *alter* femenino de ellos. En cambio, visceralmente las mujeres me repelen, tal vez porque no comulgo mucho con el tinte capilar y los tés de sociedad. Aunque de alguna forma ella me convenció a maquillar un poco mis radicalidades.

—Está bien. Me depilaré las cejas y pondré rímel a mis pestañas, pero del pintalabios, ¡ni hablar!

—No seas tonta, tienes unos rasgos muy bonitos, acentúalos. Te depilas otras partes, no hagas tanto escándalo por depilarte la cara.

—No es lo mismo, la depilación en “otras partes” es necesaria por comodidad. Mejor dame un buen *tip* para cepillarme el pelo sin matar con la secadora sesenta minutos de mi vida.

Ella, en cambio, se maquilla como una profesional; es la anfitriona perfecta, esposa abnegada y ahora madre ejemplar. Aunque cuando me divorcié, pasó por una fuerte crisis marital que se resolvió con el llamado de auxilio de un esposo asustado:

—Por favor, tú puedes convencerla. Yo la amo, míentele, dile que estás sufriendo por haberte divorciado, que es una situación que no recomiendas.

Michelle Juárez

Por supuesto, no lo hice. Mentir va contra mis principios, y más aún mentirle a una de las pocas amigas que tengo. La llamé, le dije que haberme divorciado era la mejor decisión de mi vida pero que ese hombre que tenía ella al lado definitivamente no era mi ex, y al parecer merecía una segunda oportunidad. Y santo remedio. Ahora seré la madrina del primer hijo de la reconciliación. Bien por ella porque sinceramente no sería una buena divorciada. Para eso se requiere nervio y cara dura. Atributos que en verdad no posee.

Mi gemela dicigota, poco a poco va encontrando su propio rumbo, gracias al cielo muy pegadito al mío. La vida que escogió no es sencilla, sin embargo, tiene muchas y buenas posibilidades de ser feliz. Yo la percibo frágil, demasiado expuesta, muy transparente. Pero para eso me tiene a mí, para recordarle que las personas no siempre somos lo que se espera de nosotros. Y yo sé que la tengo a ella para recordarme que no toda la humanidad es una mierda.

Finalmente y con los años, los parecimientos se convirtieron en complementariedades. Ya no intenta leer demasiado y continúa afanada por descubrir el lugar ideal para el *grooming* de su pedigrítico perro, mientras yo compro un nuevo juego de sábanas y me dedico a consentir al gato.

Eso sí, la vena rebelde que ambas llevamos dentro estará siempre latente, aunque se exprese de forma antagónica. Una será audaz al probar esa nueva marca de jabón humectante y la otra ya está pensando en su quinta novela porno.

—A veces no me gusta lo que escribes. Es perturbador.

—Vamos. Yo sé que también a ti te han servido mis palabras.

—¡No juegues!

—Coger es un juego y escribir también. Así que me permito jugar una partida doble, es divertido y no le hago daño a nadie.

—Pero, escribiendo sobre... eso... ¿no te arriesgas a que piensen mal de ti?

—Una mujer es un riesgo ambulante. Igual soy vulnerable por divorciada, no tan insegura y vivir entre hombres. Características que describen a más de la mitad de mujeres que conozco.

—Es raro oírte hablar tan feminista.

—No, no, para nada, solo respondo tu pregunta. No te preocupes, aunque escribas sobre religión los hombres siempre creen que tienes la vagina en la mano y que se las ofreces...

—Shhh, ¡qué dices!

—...y si como yo, escribes sobre relaciones, inevitablemente atravesadas por el sexo, seguro pensarán que soy una ninfómana reprimida y poblaré sus fantasías. ¡Já!

michelle Juárez

—Ok. Pero igual, cuídate. Nadie pide permiso para hacer daño.

Cada vez que tenemos oportunidad hablamos sin parar. Me maravilla todo lo que tengo que decirle, y también todo lo que tengo que escucharle. Verdaderamente es quien debe ser, ni más ni menos y la quiero.

Dentro de poco, a tan sólo unos meses de distancia, celebraremos juntas nuestro cumpleaños número treinta y siete. Adivinen quién horneará el pastel y quién lo morderá sin esperar que le sirvan su tajada.

Cierro mi cuaderno y mis cavilaciones, allá vengo, ya la vi.

terminando días de calor en un lugar llamado
guatemala, este libro subió a la red semanas an-
tes del inicio de las lluvias de 2009

